

za con pericia y sensibilidad en la estructura circular que compone su *Ciudad pintada en la ventana*. Esta narrativa hecha de *estórias* y de *história*, si queremos recurrir otra vez al portugués, es una invitación al lector para un sustancioso e instigante viaje por los caminos de la escritura.

REGINA A. CRESPO

*Centro Coordinador y Difusor de  
Estudios Lationamericanos, UNAM*

Marco Antonio Campos. *El San Luis de Manuel José Othón y el Jerez de López Velarde*. México: Dos filos, 1998, 108 pp.

Curioso lector que piensas visitar la ciudad de San Luis Potosí, antes de emprender la ruta hacia los caminos de la plata; atravesar el Bajío y sus fértiles tierras; penetrar al norte agreste y solitario; arriba a ese pueblo fantasma cercano al cerro de san Pedro; entrar a la población potosina por la antigua Tangamanga; avistar cúpulas marinas y torres seculares; pasear por la Alameda y la estación de ferrocarril; deambular por la Plaza de los Fundadores y sus siete barrios aledaños; observar la sobriedad del Colegio de la Compañía; contemplar la portada de columnas ondulantes de la capilla de Loreto; admirar esos balcones de cantera y hierro forjado que le dan a la ciudad una característica tan propia y fascinante por la fachada en forma de biombo de la Catedral, guarnecida por un apostolado de piedra; procura antes de todo esto, encaminar tus pasos hacia una pequeña calle que atraviesa la Plaza de Armas y que conduce al ex convento del Carmen. Deténte en el número 225. Aquí nació, hace 140 años, el poeta Manuel José Othón y recorrer la ciudad de San Luis Potosí es seguir sus huellas por la población que lo vio crecer.

Marco Antonio Campos pensó lo anterior y concibió no sólo una exhaustiva investigación fundamentada en los diversos estudios que han abordado la obra de Othón: desde la biografía de Rafael Montejano de Aguiñaga, pasando por el anecdotario de Artemio de Valle-Arizpe donde hay más imaginación que visos de realidad, la recopilación de las obras completas que hizo Jesús Zavala, los elogios de José López Portillo y Rojas, los prólogos de Manuel Calvillo y Miguel Bustos, los ensa-

yos de Antonio Castro Leal y Arturo Noyola hasta llegar al reconocimiento brindado por poetas contemporáneos como Alfonso Reyes y José Emilio Pacheco, sino que además Campos, en su libro *El San Luis de Manuel José Othón y el Jerez de López Velarde*, completó lo anterior con su amplio conocimiento de la historia de San Luis Potosí, de sus tradiciones y vivencias. El resultado es una guía novelada que entreteje amablemente la información con la descripción de aquellos lugares que Othón disfrutó, describió e inmortalizó en varios de sus poemas.

La vida del poeta potosino estuvo plagada de invenciones, rumores, y ocurrencias. Campos lo sabe y su experta mano nos conduce por la certidumbre de los documentos, de la investigación y de los recuerdos. El viaje inicia en la modesta casa donde nació Manuel José Othón y que resguarda como relicario sus objetos personales, ecos y vivencias de una vida que aunque estigmatizada por la pobreza encontró en el amor la infinita esperanza para continuar escribiendo.

Marco Antonio continúa el recorrido y nos lleva a un olvidado edificio destruido de dos plantas y ágil arquería que fue el Seminario Conciliar Guadalupano Josefino. Campos nos espera pacientemente a la vera de viejos árboles mientras curioseamos por esos corredores, donde Othón descubrió a sus queridos poetas clásicos y románticos. Ya en su juventud el poeta ingresó al Instituto Científico Literario para estudiar la carrera de “abogado de la lengua” —como el mismo Othón se designaba— y que concluyó en 1881.

Con andar apacible, en este viaje de plaza y calles, de nostalgia y melancolía conocemos la historia de la única librería existente en la ciudad: vergel literario en medio del páramo cultural que era la región. Aquí se consolidó la formación de Othón y su sensibilidad halló correspondencia con poetas de otros tiempos y lugares. Caminamos unas cuantas cuadras para descansar en el jardín de san Francisco, espacio íntimo y acogedor rodeado de eucaliptos, troenos, palmeras y jacarandas que brindan buena sombra. A unos cuantos pasos se encuentra la casa en donde vivió por algún tiempo, Ramón López Velarde.

Campos acude a la tradición y nos menciona que fue precisamente aquí, en el año de 1974, cuando Othón descubrió a quien sería su esposa por toda la vida: Josefa Jiménez. Relación creada a lo largo de tres años de insistencia para ser aceptado como novio; seis de noviazgo en que varias veces se estuvo a punto del rompimiento —ya que el bardo se negaba a titularse de abogado— y que vio su culminación en la boda celebrada en la parroquia de ese pequeño barrio que es el de san Sebastián, el 4 de febrero de 1884.

Othón, hombre de corazón dividido, encontró no en su esposa, sino en una relación con una misteriosa mujer del norte, la inspiración necesaria para concebir "En el desierto. Idilio salvaje". Poemas de alta tensión en el que Campos, al estudiar los versos juveniles de Othón, distingue ese incipiente erotismo que se acrecentará en los cuentos othonianos donde el paisaje no sólo es un espacio geográfico sino que es personaje y protagonista, que se crecerá en ritmo y pasión hasta describir el desierto como el escenario para que "los amantes se encuentren, allí se unen con tal desesperación que parecen resumir en su acto amoroso todos los actos amorosos de todas las parejas desde siempre y hasta entonces".

Volvemos a surcar leguas, atravesar distancias —siempre guiados por el libro de Marco Antonio Campos— para arribar a Jerez, Zacatecas, lugar donde nació otro poeta finisecular que en más de un aspecto mantuvo vida paralela con Othón, nos referimos a Ramón López Velarde. Jerez se desvanece en la leyenda: fundado en época incierta por conquistadores españoles como eterno centinela del camino de la plata que unía las poblaciones de Zacatecas, Fresnillo, San Martín, Sombrerete y Chalchihuites.

La casa familiar donde nació Ramón, al igual que la de Manuel José, mantiene un ambiente íntimo, provinciano: entre sus paredes resuenan los ecos de los juegos infantiles en torno al pozo, la nostalgia de las mujeres hilando que tanto fascinaban a López Velarde; la inquietud del joven poeta ante las mujeres vestidas de negro y el derrumbe que provocó en su ánimo la muerte de su padre.

Jerez es pequeño y Campos nos conduce por sus calles envueltas en el suave silencio para conocer los dos centros religiosos importantes: la parroquia y el santuario de la virgen de la Soledad. López Velarde conoció en sus atrios las enseñanzas del catecismo del padre Ripalda, participó en las "procesiones, misas conmemorativas, litúrgicas o novenarios" y en las noches "en las fiestas profanas que desbordaban los límites del poblado y atraían a los habitantes de haciendas y pueblos cercanos donde las mujeres jerezianas deslumbraban por su belleza, su candor y sus adornos". Pero de todas las mujeres: la mujer. López Velarde insinúa, susurra y eterniza lo femenino "Nada podía entender ni sentir a través de la mujer" dijo alguna vez. Su poesía lo afirma y su prosa lo confirma.

Si Othón concibió el desierto como la zarza ardiente jamás consumida de la pasión, López Velarde, por su parte, halló en los celajes infinitos de la provincia el espacio para crear la certidumbre de los deseos; los dos creyeron en un misterio llamado mujer, aquél en una hembra

norteña, éste en Fuensanta —Josefa de los Ríos—; ambos sucumbieron a la agonía de la distancia, a la terrible soledad y al desamparo del amor. Caminar por San Luis Potosí y Jerez nos permite recuperar una parte de su vida; peregrinar por los jardines es sumergirse en la añoranza; seguir sus huellas en el tiempo es retornar a sus pensamientos, a sus vivencias y revivir en cada balcón, en cada ventana, en cada rincón sus poemas que permanecen en las calles y plazas que ellos conocieron y que Marco Antonio Campos nos descubre en esta obra que nos acerca más a ese norte tan lejano en distancia pero tan cercano a nuestro corazón.

ALEJANDRO GARCÍA NERIA